

—¿Qué?—preguntó el poeta.

—No deploro mi falta de sentimiento poético, ni deploro no poder hacer versos místicos, ni...

—Entonces, ¿qué es lo que deplora?

—¡Lo que deploro es no creer en la Virgen!

Cosas de la semántica.—El doctor Julio H. Palacio tiene en la cabeza un depósito de conocimientos, anécdotas, chascarrillos y episodios políticos y sociales, y eso hace que sus artículos sean sobremodo amenos, porque, fuéramos de lo interesante de los temas, los desarrolla en una prosa jugosísima y castiza.

A él le debo los datos para esta anécdota—indirectamente—pues ni siquiera tengo el honor de conocerlo de vista.

Ello fue que hace unos treinta o treinta y cinco años, vivía en alguna población de Bolívar, un individuo a quien llamaremos González—para claridad del relato—que era pariente del gobernador de aquel departamento.

González, si tenía poco de Salomón, pues era muy arrimado a la cola, en justa compensación se parecía a San Isidro en que olvidaba el trabajo; no precisamente para que se lo hicieran los ángeles mientras él rezaba, sino para andar de bureo y esquineando en un envidiable *dolce farniente*.

El gobernador determinó darle a su pariente